

El vínculo mágico

Laura Montes Simoes



Capítulo 1

Los secretos del baúl

¿Alguna vez habéis sentido que no encajáis en la vida? Y no me refiero a un lugar o a un momento en concreto, sino a no encajar entre tu propia especie: los humanos. ¿Qué podría ser peor? Pues que sientas que solo encajas en casa, a pesar de tener una tía que te odia y que hace cosas muy extrañas.

Definamos extrañas. ¿Vuestra familia tiene una piscina en el patio trasero que no usa nada más que para mantenerla llena de flores de loto? ¿Tiene rodeado el exterior de la casa por hortensias azules, moradas y rosas? ¿Hay cactus en el alféizar de cada ventana existente en la planta baja? ¿Soléis usar las velas para no encender la luz a partir de las diez? En casa de Nathaly, sí.

—¡Nathaly, vete a dormir de una vez! —gritó Sara desde abajo.

Se notaba que su tía estaba bastante enojada, algo habitual cuando Nathaly tenía la luz de su habitación encendida hasta tarde. Pero todavía no eran las diez, ¿no?

Nathaly miró la hora en su reloj de pulsera, lo único que había heredado de su madre y lo único que su tía estuvo a punto de tirar a la basura. Menos mal que, cuando lo encontró en un cajón del salón hace casi un año, logró convencerla para quedárselo.

—¿Ya son las diez y tres minutos? —saltó perpleja.

—¡Nathaly! —gritó Sara, más furiosa que antes.

—¡Lo siento, tía Sara! ¡Ahora mismo apago la luz!

Nathaly no tenía inconveniente en seguir las normas de su tía e irse a dormir temprano, pero no podía dejar pendiente para otro día lo que hoy estaba estudiando. Mañana tenía un examen a primera hora y todavía no había terminado. ¡Y no era culpa suya! Bueno, en parte sí, porque de nuevo permitió que días atrás unas compañeras la engañaran.

Suspirando y sintiéndose como una tonta por volver a confiar en la gente, Nathaly fue hacia su escritorio para sacar del primer cajón una vela y un paquete de cerillas. No sabía si era una obsesión de su tía o una costumbre muy arraigada, pero en cada cajón de su casa siempre había, como mínimo, un par de cada. Cuando preguntó el porqué, su tía solo le dijo que así era más romántico. Tiempo después entendió que su

respuesta solo fue dicha con sarcasmo.

—¡Nathaly! —la sobresaltó el furioso grito de su tía, segundos después de apagar la luz—. ¡Te he dicho que te vayas a dormir!

—¡Sí, tía! —contestó—. ¡Me cambio y me meto en la cama ahora mismo!

—¡Más te vale! —exclamó Sara, que volvió a apartar la cortina de la cocina lo justo y necesario para seguir revisando el exterior—. No puedo creer que esta niña esté pensando en estudiar a estas horas de la noche.

Nathaly miró el libro de ciencias que dejó sobre la cama, dudando en si cambiarse ahora o después. En cuanto recordó que su tía olía su desobediencia a kilómetros de distancia, no se lo pensó más: cogió la vela por los lados, se dirigió hacia el armario y, dejando la vela en el suelo, tomó los pequeños y redondos pomos de las puertas para abrir el armario de par en par. Al encontrarse una de sus camisas tirada encima de lo único que quedaba de su pasado, se extrañó. ¿Cómo había acabado encima de su baúl? Seguro que debió descolgarse de la percha por la mañana, al tomar aprisa la ropa que decidió ponerse ese día.

Extendiendo el brazo, Nathaly cogió la prenda, pero, en cuanto tiró de ella, se dio cuenta de que estaba enganchada con la parte central de la chapa decorativa de oro y plata que se extendía a lo largo del borde de la tapa. Poniéndose en cuclillas, le echó un vistazo minucioso, dando enseguida con el punto exacto: los dientes de un dragón que, entre su cuerpo, protegía una esfera perlada del tamaño de una canica.

Desplazando la vela a un lado, Nathaly se lo tomó con calma. Manióbró con cuidado para no romper los hilos, pero, por desgracia, no iba a ser tan fácil como pensó.

—Por fin.

En ese instante, Nathaly perdió el equilibrio. Reaccionando más rápido de lo que nunca lo hizo, apoyó su mano derecha en la tapa del baúl, consiguiendo que sus rodillas no acabaran cayendo sobre el marco del armario. Fue entonces cuando escuchó un clic.

El sonido desató al instante una horripilante ola de terror por todo su cuerpo. Al apartar la mano con cautela, se confirmaron sus sospechas: su pulgar había hundido la perla, desbloqueando el mecanismo que mantenía sellado su baúl.

Nathaly se quedó paralizada por unos segundos, con la mirada clavada en la blanca y brillante perla. ¿Cómo era posible que se abriera de esa manera tan sencilla? Su tía intentó utilizar de todo para abrirlo y no

consiguió hacerle ni un solo rasguño. Espera, ieso ahora daba igual! ¡El baúl se había abierto! ¡Por fin se había abierto!

Poniendo la mano sobre su pecho, Nathaly no fue capaz de calmar la emoción que sentía. ¿Y cómo no estar feliz? Su tía le había dicho que ese baúl formaba parte de su pasado. Eso sí, solo debía abrirlo cuando volviera a recordar, nunca antes. Y claro, si la desobedecía...

Nathaly tragó saliva mientras se esforzaba en olvidarse de los desagradables castigos de su tía. ¿Debería decírselo? Había sido un accidente. No lo había hecho a propósito. Pero, si hacía eso, lo más seguro es que su tía no la dejara ni echar un vistazo. ¿O quizá sí?

Nathaly suspiró con pesar. ¿A quién pretendía engañar? Su tía siempre se negaba a hablarle de su pasado. Del suyo, del de ella y del de cualquier otro familiar. Y después de que hubiera pasado casi un año desde el accidente que ella misma se causó, no tenía muchas esperanzas de recordar algo ni pronto ni nunca, así que...

Empujada por la oportunidad de saber algo sobre su pasado, Nathaly miró hacia la puerta para comprobar si se filtraba la luz por debajo. Al ver que no había nada más que oscuridad, puso atención a los sonidos para ver si lograba escuchar los tacones de su tía. En cuanto los oyó por unos segundos, supo de inmediato que se encontraba en la cocina. No era habitual que a esas horas estuviera revisando el exterior con suma obsesión, pero últimamente lo estaba haciendo todas las noches. Hasta llegaba a tirarse horas pegada a cualquier ventana que diera al patio delantero de su casa.

—Decidido.

Levantando despacio la tapa del baúl para no hacer ruido, Nathaly cogió la vela y le echó un vistazo al contenido. Lo que vio la dejó sorprendida. ¿No había nada más que una prenda negra? Soltando la vela en el suelo, la sacó. Era larga y tenía... ¿capucha?

—Qué extraño —murmuró al ver que se trataba de una capa—. ¿Yo utilizaba esto?

La prenda, que se notaba que era de buena calidad, no tenía ninguna etiqueta, ni en el cuello ni en ninguno de sus lados. Nathaly dudó que tuviera bolsillos, pero, aun así, le echó un vistazo por si acaso. En cuanto tiró de la prenda un poco más, descubrió que bajo ella se escondía un libro marrón rojizo con un tamaño similar al de los libros de firmas que se utilizaban en las bodas. Era de tapa dura, con letras doradas en relieve y tenía toda la pinta de ser antiguo, pero estaba muy bien conservado. Lo que no entendía era por qué estaba atado con una cinta roja, pues saltaba a la vista que no se trataba de un regalo, ya que el lazo que yacía en el

centro no estaba muy conseguido.

Nathaly dejó la capa en el suelo y lo cogió. Tirando de un extremo de la cinta, la echó a un lado, lo abrió por la mitad y, al instante, sus ojos se agrandaron. No se trataba de un libro, isino de un álbum de fotos!

Nathaly lo cerró enseguida para abrirlo desde el principio. Fijándose en las primeras fotos, vio a un bebé con los mismos ojos azul claro que los de ella. En todas salía sonriente y feliz, pero en ninguna lo acompañaban sus padres. Deseosa de verlos, pasó a la siguiente página.

En las fotos de la izquierda se podía apreciar que había crecido unos meses más, y en algunas la acompañaba un niño pequeño de pelo oscuro, piel pálida y ojos perdidos que rondaría el año de edad. ¿Sería su hermano? No se parecía en nada a ella. Desviando su mirada a la página de la derecha, Nathaly se quedó impactada al ver que en una de las fotos isalía flotando! De inmediato, acercó el álbum a su rostro y revisó cada rincón de la imagen, pero no encontró nada extraño. ¿Quién la habría hecho y por qué?

Olvidándose de esa fotografía editada, Nathaly pasó a la siguiente página, donde una foto en la que aparecía sentada frente a un niño en medio del campo llamó su atención. Ambos sostenían una gran margarita con toques rosáceos en los bordes de sus pétalos mientras miraban a la cámara, como si alguien hubiera llamado su atención, y, aunque ese niño le resultaba familiar, no conseguía recordar nada de él. ¿Quién sería? Se parecía al que salía con ella cuando era un bebé, pero con una tez menos pálida, un cabello menos oscuro y unos ojos más curiosos.

Pasando la página, Nathaly se percató de que el tiempo había avanzado dos o tres años más, y en la primera foto salía sentada en la hierba con un hombre joven que la abrazaba por detrás. Su cabello, que estaba atado en una coleta, era casi tan negro como casi toda su ropa, y sus ojos, de un color marrón oscuro, reflejaban una tierna y alegre mirada. Su rostro, en cambio, desbordaba carácter. ¿Sería su padre? Tampoco reconocía la gran casa que había tras ellos, de piedras lisas y tejas rojizas, con hiedras que tapaban todas las esquinas y rosales trepadores de color salmón y carmesí que, además de arropar a la puerta principal, se escondían bajo los alféizares de todas las ventanas. Aun así, esa foto...

Quedándose absorta en su imagen después de echarle un vistazo a las demás, Nathaly pasó los dedos por encima de la misma con delicadeza, como si con ese simple gesto pudiera sentir su recuerdo de alguna forma. Era la única en la que parecían una verdadera familia, ya que las demás eran más formales.

Pasando a la siguiente página, el tiempo avanzó un año más, y Nathaly vio a otro hombre distinto. De similar edad al anterior, aparecía sonriendo

junto a ella, irradiando esa palpable felicidad que solo se apreciaba después de reír. Su pelo era marrón; sus ojos, de un llamativo gris claro. Llevaba unos pantalones de color crema y unos zapatos del mismo tono marrón que su cinturón, y su camisa blanca no estaba abotonada en el cuello.

Al escuchar los tacones de su tía subiendo por las escaleras, Nathaly giró la cabeza al instante. Deprisa, guardó todo en el baúl, cerró las puertas del armario con cuidado y tomó la vela. Soltándola en la mesilla de noche, se metió en la cama, agarró el libro de ciencias y lo abrió por una página al azar.

Justo a tiempo.

—¿Se puede saber qué haces? —exigió saber Sara.

—Lo siento, tía Sara. Es que... —se quedó sin habla cuando su tía le arrebató el libro de las manos.

Sara la miró con seriedad y Nathaly tragó saliva. Su tía rara vez desconfiaba de ella, pero, cuando pretendía esconder algo, era como si se lo oliera a kilómetros de distancia. Menos mal que, para las pocas veces que necesitó ocultarle la verdad, aprendió a hacerlo dentro de otra verdad, porque, cuando estallaba en momentos así, daba mucho miedo, y eso solo ocurría si intentaba mentirle. Por eso siempre le decía la verdad. Eso sí, solo si era el momento adecuado. Y ese no lo era.

—Es por un examen —se apresuró a explicar Nathaly—. Lo tengo mañana a primera hora.

Sara estampó el libro en la mesilla de noche, haciendo que la vela perdiera vida por un momento.

—¿Ya volviste a confiar en alguien con los ojos cerrados? —la regañó.

—Pensé que no bromearían con algo tan serio —acabó contestando, mientras agachaba la cabeza.

—Nathaly, ¿cuándo aprenderás que no te puedes fiar de nadie? ¿QUÉ TE TENGO DICHO RESPECTO A CONFIAR EN LA GENTE?

—Lo siento, tía Sara —contestó, encogiéndose de miedo.

Sara desvió la mirada con una mueca de frustración. Nathaly no tardó en mirarla con curiosidad.

—¿Cómo sabías que había sido engañada?

—¿Acaso no es obvio? Tú nunca estudias tantas horas un día antes del examen.

—¿Y solo por eso ya...?

Sara agarró el libro de ciencias y se lo estampó en el estómago.

—Por esta vez dejaré que uses la luz, así que date prisa en terminar lo que te falte y duérmete de una vez.

Su tía bajó la persiana, echó las cortinas y, después de encender la luz, apagó la vela. Antes de que sus miradas acabaran cruzándose, Nathaly bajó la vista y abrió el libro para disimular, aun sabiendo que eso no la libraría de una buena y breve reprimenda por mantener la mirada sobre ella. Para su tía era un completo descaro hacer algo así si no tenías un buen motivo para ello, pero Nathaly sabía bien que, en realidad, lo que ella detestaba era que los hombres la miraran. Allá donde fuera, su tía siempre era el centro de atención para el género masculino.

Para sorpresa de Nathaly, su tía se limitó a marcharse en silencio, lo que resultó todo un alivio. Que no diera un portazo como en anteriores ocasiones significaba que esta vez no se había enfadado con ella. Al menos, no demasiado.

Tras dejar pasar un breve y precavido tiempo, Nathaly dejó el libro de ciencias a un lado y fue a buscar su álbum. Quería volver a mirar la foto en la que salía con aquel hombre de ojos grises. Tenía la sensación de que era alguien muy importante para ella, pero mirar la imagen con suma atención no hizo que recordara nada de él.

Pasando la página, las siguientes fotos se saltaron unos cuatro o cinco años de golpe. En las de la izquierda salía sola, con una vestimenta entre élfica y pirata, conjunto que siempre combinaba con la capa negra que se encontró en el baúl. Parecía gustarle mucho llevar la capucha puesta, pues solo en una pudo verse con el pelo suelto. Lo llevaba igual de largo que ahora, y en esa foto lo lucía semirecogido con un par de trenzas que se unían en la parte trasera. A pesar de no reconocerse por la actitud que irradiaba su rostro, el color de su pelo era el mismo que el suyo: marrón y con finísimos reflejos castaños y dorados que partían más allá de la raíz. Lo mismo pasaba con sus ojos. Por eso estaba segura de que esa niña tenía que ser ella, por muy seria y desafiante que luciera.

En casi la mitad de las fotos que había en la página derecha, Nathaly vio que aparecía con un león blanco, del cual solo salía su cara y parte de su melena. Intentando imaginárselo de cuerpo completo, se dio cuenta de que tenía que ser bastante grande, porque en una de ellas estaba

abrazando su morro y ocupaba de ancho lo mismo que ella. ¿Quizá había leones así y no lo sabía? Nunca había visto ninguno que superara en tamaño a los leones africanos, pero, claro, documentales sobre la naturaleza había muchos, y ella solo veía dos diarios entre semana.

Martirizada por sus dudas, Nathaly revisó las siguientes fotos para ver si ese león salía en alguna de cuerpo entero. Y sí, en la última foto salía junto a ella, ¡y era enorme! Corpulento, más grande que un caballo y con una abundante melena. Si no fueran por las alas blancas que tenía en la espalda, hubiera salido corriendo a buscar a su tía para preguntarle si semejante animal existía. ¿Por qué tendría ese tipo de fotos? ¿Acaso fue actriz o modelo? Tenían toda la pinta de ser de algún rodaje o algún anuncio, pero...

Sin ganas de darle más vueltas al asunto, Nathaly pasó a la siguiente página. Por lo que había crecido en las primeras fotos, se notaba que debía haber pasado al menos un año o dos. Su mirada se había vuelto más fría y desafiante, pero eso no fue lo que más la impactó. En una de las fotos estaba al lado de un chico que sería más o menos de su misma edad, un chico que tenía el mismo color de pelo y de ojos que el niño que salía con ella cuando era pequeña. Lo único que les diferenciaba con creces era su mirada: la del niño era fría y vacía, mientras que la del chico era orgullosa y divertida. Le recordaba mucho a... No. No podía ser el chico de sus sueños. ¿O sí?

Pasando la página, comprobó que ese chico salía con ella en más fotos. En una, donde ambos estaban de espaldas, parecían escuchar con atención lo que el hombre de ojos grises les decía con seriedad. Parecía estar bastante enojado.

Ansiosa por ver más, Nathaly pasó a la siguiente página, pero, como de ahí en adelante estaban vacías, cerró el álbum y lo abrió por el principio. Quería revisar con más atención las fotos en las que salía ese muchacho de ojos marrones, porque cada vez estaba más convencida de que se trataba de Leo, el chico que invadía sus sueños todas las noches. Jamás se le pasó por la cabeza que soñar con él pudiera significar que formaba parte de su pasado. ¿Su pasado? Un momento. Si él era parte de su pasado, sus sueños... Nathaly sacudió la cabeza con energía. No. Mejor que sus sueños no tuvieran nada que ver con la realidad, porque muy pocos se salvaban de ser escalofriantes pesadillas.

Cerrando el álbum con ímpetu, Nathaly lo dejó en el baúl, se frotó la cara con las manos y dejó la mirada perdida mientras repasaba todo lo sucedido. Quedándose en blanco muy pronto, sus ojos volvieron a conectar de nuevo con su mente, percatándose de una sutil diferencia en el baúl: la altura. Arrastrada por sus dudas, comparó la altura interior y exterior con la ayuda de su brazo, comprobando al momento que no era la

misma.

Sacando el álbum del baúl, Nathaly revisó los extremos de la base con los dedos. Al no encontrar ninguna hendidura oculta que la ayudara a levantar el fondo, se extrañó. ¿Quizá se equivocaba al pensar que tenía doble fondo? A lo mejor solo estaba hueco por debajo. Pensando que no perdía nada por probar a hacer palanca con algún objeto plano y resistente, se levantó y se giró, pero, al dar el primer paso hacia la puerta, se paró.

—No puede ser —se lamentó, cerrando los ojos con fuerza.

No podía ir a la cocina a por un cuchillo con su tía Sara rondando por la planta baja. Si la descubría, tendría que dar más que explicaciones.

—Un momento —susurró para sí misma—. ¿No tenía unas tijeras en...?

De inmediato, Nathaly se dirigió hacia el primer cajón de su escritorio para ver si aún seguían estando allí. Al encontrarlas bajo unos papeles que había reciclado para tomar notas, su cara se iluminó de alegría.

Tras unos largos minutos y mucha paciencia, Nathaly logró levantar un poquito el fondo cuando consiguió hundir la punta de las tijeras en una pequeña hendidura que había muy cerca de la esquina izquierda. Introduciéndolas un poco más, las desplazó hacia el centro con paciencia e intentó levantarlo por las esquinas. Tuvo que esforzarse un poco y tirar con todas sus fuerzas porque estaba muy encajado, pero al final logró retirarlo del baúl sin hacer ningún ruido.

Dejándolo a un lado con cuidado, Nathaly se encontró un gran libro rojo de tapa gruesa que tenía sus esquinas decoradas con un fino metal que había sido bañado en oro. Su título, que también era del mismo color, se encontraba tapado por un sobre marrón, el cual se mantenía sujeto al libro gracias a una cinta azul.

Sacándolo despacio, pues pesaba más de lo que imaginaba, Nathaly se sentó en el suelo con las piernas cruzadas para ponérselo encima. Tirando de uno de los extremos de la cinta, deshizo el lazo y cogió el sobre.

—Qué extraño —murmuró, mientras le echaba un vistazo a ambas caras—. No tiene nombre o dirección.

El sobre, que no estaba sellado de ninguna manera, tenía toda la pinta de ser antiguo, al igual que la carta que guardaba en su interior. En cambio, la nota que la acompañaba era blanca y lisa, como los folios que se utilizaban para fotocopiar. En ella ponía:

Si no recuerdas nada, dásela a Leo. Solo él la podrá leer.

Nathaly no daba crédito a lo que veía. ¿Esa era su letra? ¡Sí, sí que lo era! Soltando la nota, desdobló la carta con nerviosismo, pero, en cuanto vio que estaba llena de símbolos, su alegría se esfumó. Ni siquiera guardaban un parecido al latín, al griego, al rúnico o al fenicio. ¿Qué idioma era ese? Decepcionada, dobló la carta, tomó la nota y lo guardó todo en el sobre. En cuanto su mirada se topó con el libro que aún tenía encima de sus piernas, lanzó el sobre encima de la capa y, girándolo, lo enderezó.

El libro se titulaba Libro del alma blanca, y bajo él había escrito un nombre: Nathaly Swilley. Nathaly en un principio pensó que quizá se trataba de un diario, pero, al darse cuenta de que era muy grande y grueso para serlo, descartó esa opción. Agarrando el borde derecho de la cubierta con los dedos, se dispuso a abrirlo, pero no fue capaz. Ni poniéndolo de lado y utilizando toda su fuerza lo logró. Inclinandose hacia él, lo revisó con más detalle, pero no parecía ser falso. ¿Cómo se abriría? «Ya lo intentaré abrir en otra ocasión», pensó, mientras lo dejaba en el suelo.

Poniéndose en pie con calma, colocó el doble fondo en su sitio, guardó todo en el baúl y se cambió de ropa. Después cerró las puertas del armario con cuidado y volvió a la cama para seguir estudiando. Menos mal que le quedaba muy poco para terminar, porque el sueño ya empezaba a inundarla.

Media hora después, Sara decidió echarle un vistazo a su sobrina antes de irse a dormir. Al ver que se había quedado dormida mientras estudiaba, se quitó los zapatos, entró en la habitación de puntillas y, con cuidado, le retiró el libro que tenía encima de la tripa. Dejándolo sobre la mesilla de noche, la arropó hasta los hombros.

—No —susurró Nathaly con temor.

Angustiada, Sara se sentó de inmediato junto a ella y puso las manos sobre sus mejillas, logrando que Nathaly se calmara en cuestión de segundos. Aliviada de que no se hubiera despertado, apartó las manos de su rostro con una suave caricia, viendo cómo Nathaly dibujaba una pequeña sonrisa en su rostro al mismo tiempo que susurraba su nombre.

Sara la miró preocupada.

—¿Por qué me sigues queriendo? Deberías odiarme. Sería más fácil para las dos.

Con la pena reflejada en su rostro, Sara se levantó y se dirigió hacia la

puerta. Antes de apagar la luz y salir de la habitación, posó sus ojos en ella. Fuera como fuera, costara lo que costara, debía protegerla.

Capítulo 2

La huida

Otra vez el mismo sitio inundado de luz. Bajo sus pies notaba cómo el suelo era una capa invisible en la que pisar sin miedo, una capa que la separaba de la misma luz blanca, esponjosa y radiante que la rodeaba por completo.

Nathaly giró en el sentido de las agujas del reloj mientras se preguntaba qué lugar era ese, pues no era capaz de llegar a notar sus límites para hacerse una idea aproximada de lo grande que era. Cuando completó la vuelta, se dio cuenta de que, a lo lejos, había algo ovalado de un blanco que no resplandecía. Al no conseguir ver de qué se trataba, avanzó hacia allí sin quitarle el ojo de encima y, poco a poco, fue tomando forma: una abundante melena apareció en un extremo y, pasos después, unas alas ya estaban cubriendo su cuerpo. Con la impresión marcada en su rostro, Nathaly se paró; su corazón se aceleró y su cuerpo se estremeció.

—¿Arwok?

A pesar de la suavidad en su tono, el animal se percató de su voz y levantó la cabeza. Su espesa melena giró y, en cuanto la vio, se levantó.

—¡Arwok! —gritó Nathaly, echando a correr de inmediato.

—¡Nathaly! —exclamó el animal, con la misma alegría que ella.

Lo que parecía un pequeño y suave gatito peludo acabó siendo un enorme león blanco de abundante melena, con un par de generosas alas blancas a la espalda y unos ojos azules tan claros como los de ella. Sus patas, veloces como el viento, no eran capaces de arrancarle al suelo ni un mísero sonido.

De repente, un fugaz destello partió el aire, haciendo que Nathaly aminorara el paso y terminara parándose. Lo que había visto no le había dado buena espina, así que, sin perder más tiempo, extendió las manos hacia delante y avanzó con cuidado. Tal y como pensó, se chocó con una especie de pared invisible a los pocos pasos. No era dura, pues lograba hundir un poco los dedos, pero cuanta más fuerza hacía, más la rechazaba.

—¿Un campo de fuerza? —reflexionó extrañada.

—Nathaly. ¿Dónde estás? ¡Nathaly! —se empezó a desesperar el

animal, que no movía la boca salvo para expresar pequeños rugidos.

—¡Arwok, estoy aquí! —contestó, golpeando el campo de fuerza con la palma de las manos.

Arwok miró a un lado y después a otro, buscándola en cada rincón de aquel luminoso lugar. Nathaly se frustró. ¡Estaban a un mísero metro de distancia! Sintió tanta rabia por ello que tuvo que retener las lágrimas mientras seguía intentando llamar su atención.

—¡Arwok! —Golpeó la pared invisible que los separaba con fuerza cuando vio que se alejaba a paso ligero—. ¡Arwok, no te vayas!

Pero Arwok no la escuchó, y Nathaly, de la rabia y la impotencia que sintió, cerró los ojos y deslizó sus puños hacia arriba. Cuando estos quedaron por encima de su cabeza, los apretó con fuerza, cogió impulso y gritó:

—¡MALDITO CAMPO DE FUERZA!

Golpeándolo con todas sus fuerzas, una ráfaga de viento se expandió a su alrededor junto con pequeños y finos destellos que, en lugar de caer, flotaron por unos segundos y desaparecieron sin más. Nathaly, al instante, comprendió que había logrado romper la barrera.

—¡Arwok, vuelve! —Nathaly salió corriendo tras él—. ¡Espera!

Nathaly se esforzó en correr lo más rápido que pudo para intentar alcanzarlo, pero a los pocos metros tropezó y cayó al suelo. Viendo que las piernas se negaban a obedecerla y que Arwok ya estaba demasiado lejos, empezó a llorar por pura rabia y desesperación.

—No te vayas, Arwok... —musitó—. ¡ARWOOOK!

En ese momento Nathaly despertó.

—¡NO! —estalló angustiada, incorporándose en la cama de golpe.

Con la respiración agitada, Nathaly cerró los ojos en un intento de calmarse. Todo había sido un sueño, pero había sido tan real... Igual de real que estar escuchando los tacones de su tía en ese mismo instante.

Nathaly se asustó nada más darse cuenta de que los pasos apresurados de su tía sonaban muy cerca de su habitación. Su cuerpo, que entró en tensión al momento, quiso retroceder, pero, antes de que le diera tiempo a moverse, Sara entró por la puerta como un huracán.

—¡NATHALY! —gritó Sara, yendo directa hacia ella—. ¡Maldita niña escandalosa! ¿Cómo se te ocurre gritar de esa forma? —Le pegó en los brazos una y otra vez.

—Lo siento, ¡de verdad que lo siento! —dijo Nathaly, mientras mantenía su rostro a salvo. Consiguiendo agarrar sus muñecas, añadió aprisa—: Te juro que no lo he hecho a propósito. ¡Lo juro!

—¿Cuántas veces te tengo que decir que en esta casa no se grita de ese modo, eh? ¿CUÁNTAS? —exclamó furiosa, soltándose de un tirón.

—Pero yo no puedo controlar mis sueños, tía Sara —comentó nerviosa. Al ver que alzaba la mano derecha, Nathaly se cubrió de nuevo la cara y exclamó—: ¡Lo siento!

—Disculparte no te servirá de nada la próxima vez que te atrevas a hacerlo de nuevo —dijo Sara, amenazándola con el dedo—. ¡Quedas avisada!

Dando un portazo, Sara se marchó con la marca de su pintalabios favorito recorriendo toda su mejilla izquierda. Nathaly quiso restarle importancia a lo sucedido y olvidarlo cuanto antes, pero, al imaginarse cómo el rostro de su tía había acabado así, casi se echa a reír a carcajadas.

—¡Vístete ahora mismo y baja a desayunar! —gritó su tía desde el baño, provocando que Nathaly se sacudiera del susto.

—¡Voy, tía! —contestó, levantándose de la cama.

Cogiendo el chándal azul marino que utilizaba los días de educación física, Nathaly se vistió. Una vez que terminó de atarse los cordones, se echó su mochila al hombro, salió de su habitación y, mientras bajaba las escaleras, se peinó el pelo con los dedos. Parándose frente a la puerta de la cocina, respiró hondo, se autoconvenció de que hoy iba a ser un gran día y entró.

Como todas las mañanas, su tía Sara ya estaba lista. Siempre tenía la misma rutina hasta para vestir: camisa blanca ajustada de cuerpo y algo holgada de brazos, falda azul marino oscuro por encima de las rodillas, reloj de plata acompañado de una fina pulsera en la muñeca izquierda, otra pulsera similar con incrustaciones de diamantes y rubíes en la derecha, y zapatos con un poco de tacón, que hacían conjunto con una chaqueta azul marino de botones dorados que estaba colgada al lado de la puerta. Su pelo, que siempre lo llevaba recogido en un bonito y pomposo moño, se sostenía gracias a un grueso palillo de caoba, el cual resaltaba por un par de anillos dorados que había pintados cerca de su extremo más grueso. Lo único que cambiaba de su imagen era el pañuelo y la piedra

preciosa del colgante que llevaba. Hoy tocaba un rubí.

—¿Qué haces ahí parada? —espetó su tía—. Siéntate de una vez.

—¿No quieres que te ayude hoy?

—No —contestó en tono seco, mientras cogía su taza de café—. Si tu torpeza hace aparición, iremos mal de tiempo.

Cuando Sara terminó de llevar el desayuno a la mesa, Nathaly vio que solo había café, un par de tostadas con mermelada de fresa y un tazón de leche con chocolate. ¿Solo un tazón de leche para ella? Lo habitual es que le diera un par de galletas integrales o, con suerte, un cruasán. Con el hambre que tenía hoy.

—¿No hay...? —se armó de valor para preguntar.

Sara, que tenía el periódico abierto entre sus manos, empujó con suavidad el plato de sus tostadas hacia ella, sin apartar la vista ni un segundo del artículo que estaba leyendo.

—Pero ese es tu desayuno —comentó Nathaly.

—Me has quitado el apetito —se quejó.

Estaba claro que esta vez a su tía le duraría el enfado más que de costumbre. Por eso a Nathaly le resultaba extraño que ella le cediera por primera vez parte de su desayuno. Jamás dejó de tomarse su par de tostadas con mermelada. Le encantaban, aunque no lo demostrara.

—Deja ya de pensar tanto y cómetelas —exclamó Sara irritada, interrumpiendo su lectura—. Me estás poniendo de los nervios con tanta duda.

Nathaly se sintió culpable. ¿Cómo iba a comerse su desayuno? Hacerlo no le traería nada bueno, seguro.

—Da igual. Yo tampoco tengo mucho apetito, tía Sa...

—Cómetelo —ordenó, recalcando cada sílaba.

Sin más remedio, Nathaly se acercó el plato y le dio un mordisco a una de las tostadas. Sara tomó su taza, dio un sorbo en silencio y siguió leyendo.

—Nathaly.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que has soñado esta vez? —preguntó, sin perder la concentración en su lectura—. ¿Ha sido de nuevo ese muchacho?

A Nathaly le sorprendió la pregunta. Su tía jamás mostró interés en saber algo sobre Leo.

—¿Qué pasa? —exclamó Sara con molestia, bajando el periódico—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—No. Es solo que... ¿Por qué me preguntas ahora por mis sueños?

Sara desvió la mirada con fastidio. Estiró el periódico y lo puso frente a su vista de nuevo.

—Seguramente soñaste con él —murmuró—. Qué más da.

—No he soñado con él —comentó incómoda.

Al pensar en Leo y en el último sueño que había tenido, Nathaly recordó al instante lo que descubrió la noche anterior: la capa, las fotos, la carta y el libro con su nombre. ¿O tal vez no era su nombre? Desconocía cuál era su primer apellido. Los que usaba en el colegio eran los apellidos de su tía.

—Tía, ¿de quién es... —dudó en preguntar, pero la necesidad de saberlo pudo con ella—... el apellido Swilley?

Sara elevó la mirada detrás del periódico, dejándola perdida por unos escasos segundos antes de cerrar los ojos y recuperar el control de sus nervios.

—¿Eso es lo que has soñado? —preguntó de muy mal humor, bajando las manos de golpe—. ¿Con el apellido de tu anterior tutor?

—¿Qué? —soltó impactada, pues no se esperaba oír esa respuesta.

—No puedo creerlo. Ni siquiera lo pronuncias bien. —Estiró el periódico y prosiguió con su lectura.

—¿Tuve un tutor extranjero antes de vivir contigo?

Sara bajó el periódico con fuerza.

—Mira, Nathaly, te lo voy a decir solo una vez. El señor Swilley —lo pronunció como si tuviera una sola ele— envió en su lugar a un hombre de pintas siniestras. Ese hombre se plantó frente a la puerta de mi casa

junto con un trabajador del ministerio, me soltó no sé qué rollo de que corrías peligro y me obligó a que te cuidara por unos meses, porque, según él, mi hermana y su marido estaban muertos. Claro, como yo era la única familia que te quedaba aparte de esos dos impresentables que no pertenecían ni a la familia de tu padre, no tuve ni voz ni voto en esa decisión al estar de por medio el ministerio. ¿Y qué pasó después? Que los meses pasaron y nadie volvió a por ti. Y desde entonces no sé nada más, así que no me preguntes sobre eso o tú y yo acabaremos muy mal, ¿entendido?

Nathaly, nerviosa, afirmó con la cabeza de inmediato. Jamás se acostumbraría a no temer a su tía cuando hablaba con esa rudeza.

—Está bien, olvídalo. —Sara le restó importancia con la mano—. Termina de desayunar.

Nathaly agachó la mirada y le dio un mordisco a la tostada que aún sostenía en la mano, y Sara volvió a centrarse en su lectura y en el disfrute de su café. Así eran todos los días. Siempre desayunaban, comían y cenaban juntas sin una sola conversación innecesaria, pues Nathaly sabía muy bien que el mero hecho de intentarlo significaba jugarse la paz entre ellas.

—¿Te has quedado con hambre? —preguntó Sara en cuanto terminó.

Nathaly, que por un instante se quedó perpleja, reaccionó. Y no era para menos. Era la primera vez que su tía le preguntaba eso.

—No... Creo que estoy saciada.

—Bien —mencionó en un suspiro—. Coge tus cosas. Nos vamos. —Se levantó.

Mientras Sara tomaba su chaqueta y salía de la cocina, Nathaly se encargó de recoger la mesa. En cuanto terminó, cogió su mochila, se la echó al hombro y salió al pasillo.

Su tía Sara, que estaba de espaldas a ella, con la chaqueta bien puesta y su bolso negro favorito colgando de su hombro, tenía la mirada puesta en el espejo redondo que había al lado de la entrada del salón, donde comprobaba con suma atención que su apariencia estuviera perfecta. Una vez que quedó satisfecha, cogió las llaves de casa y el mando del coche, y caminó hacia la puerta principal mientras seleccionaba la llave que necesitaba.

—Vamos —dijo en cuanto abrió la puerta.

Sara apretó uno de los botones del mando del coche y desbloqueó al instante su todoterreno negro, que estaba estacionado frente a la puerta del garaje. Después de revisar los alrededores y ver que su sobrina se estaba subiendo al coche, se giró para cerrar la puerta con llave.

Una vez que Nathaly se sentó en el asiento del copiloto, se puso el cinturón de seguridad y colocó su mochila sobre las rodillas. Sara no tardó en entrar y acomodarse en el asiento del conductor; se puso el cinturón, arrancó, dio marcha atrás y puso rumbo al colegio, que estaba a menos de diez minutos andando y algo más de diez minutos en coche. Nathaly le había insistido muchas veces en que no se molestara en acercarla, pero, a pesar del espeso tráfico que había todas las mañanas, su tía se negaba a su petición una y otra vez.

Los martirizantes ruidos de las obras, de los cláxones y de los dos señores que estaban discutiendo en la acera a pleno pulmón hicieron que Nathaly cerrara los ojos en busca de un poco de paz. Su mente, tan inquieta y curiosa como su dueña, aprovechó la ocasión para plantearse de nuevo cuándo conseguiría recuperar los recuerdos que perdió. Su tía le había dicho que era cuestión de tiempo, pero todo lo que había descubierto desde ayer casi no tenía sentido. Casi, porque lo que su tía le había dicho durante el desayuno tenía que ser verdad, aunque tampoco tuviera sentido. ¿Cómo iba a tener antes un tutor si su tía estaba viva? ¿Tal vez sería algún otro familiar? Casi hubiera preferido no saber nada, pues sonsacarle información a su tía era una misión suicida.

Sara paró el coche justo enfrente de la entrada al colegio. Nathaly, que ya se había quitado el cinturón de seguridad, se colgó la mochila en el hombro y abrió la puerta.

—Espera —dijo Sara, agarrándola del brazo. Sus ojos la revisaron con prisas.

—¿Qué ocurre, tía?

—Nada —respondió de manera autoritaria—. ¿Llevas el pañuelo en la mochila?

—Sí, lo llevo.

—Acuérdate de que nadie tiene que...

—Nadie tiene que ver mi colgante ni mi pulsera —dijo al mismo tiempo, terminando la frase en su lugar—. Lo sé. Tranquila. Si tengo calor, me pondré el pañuelo en la muñeca antes de quitarme la sudadera.

—Sabes que ambos cuestan un dineral, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Me lo has dicho muchas veces.

—Está bien. Ya encontraré la manera de quitártelos. Por el momento, haz lo que te tengo dicho.

Nathaly se quedó mirándola. ¿Por qué después de tanto tiempo estaba volviendo a tener esa obsesión y esa angustia por quitárselas?

—Vamos, vete ya. —Agitó la mano—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Hasta luego, tía —se despidió de ella antes de bajar del coche.

Al igual que el trabajo de su tía, su colgante y su pulsera eran otro misterio más en la familia. Ambos eran de platino y portaban piedras preciosas auténticas. ¿Algo realmente maravilloso? Quizá lo sería si se los pudiera quitar de algún modo. Ninguno de los dos tenía cierre.

Según le contó su tía, el colgante era el más peligroso de los dos. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía, pero, por el nerviosismo de su tía, estaba claro que la historia que se escondía tras él no era algo que se pudiera tomar a la ligera. Por eso Nathaly se pasó al menos media vida revisándolo una y otra vez, para ver si encontraba algún pequeño detalle que le diera una mísera pista. Lo malo es que, aparte de ser de platino y colgar de una cadena de pequeños eslabones del mismo metal, que era uno de los más caros del mundo, no había nada de especial en él. Solo era una medialuna delgada y tan cerrada que las puntas no se tocaban por muy poco. En su interior abrazaba un delgado y brillante diamante que, de lo transparente que era, casi veías a través de él, y, aunque el diamante era toda una delicia para los joyeros, no era lo que más les fascinaba. No. Cada vez que veían su colgante por primera vez, su atención siempre recaía en las cinco piedras preciosas que estaban incrustadas en la cara delantera de la medialuna: una aguamarina, una esmeralda, un diamante, un rubí y un zafiro. La aguamarina y el zafiro, que eran las más próximas a los extremos de la medialuna, eran las más pequeñas, y el diamante, que era el que se encontraba en el centro, era el más grande.

Su pulsera no se quedaba atrás. Compuesta por una sucesión de zafiros de corte redondo y de diamantes en forma de estrella, los eslabones que las unían eran de puro platino, y todo aquel que tenía el privilegio de verla siempre decía que era una pieza digna de la más alta alcurnia, que a saber qué significaba eso.

Entrando en clase, Nathaly se sentó al final, como de costumbre. Tras el examen de ciencias y la doble clase de matemáticas, por fin vino el pequeño descanso de media mañana. Dirigiéndose al único rincón del

patio donde había un asiento debajo de un árbol, se sentó nada más llegar, posando la mirada al azar en un grupo de chicos que jugaban al fútbol en medio del patio. Mientras unos pocos perseguían el balón con ahínco, los demás se mantenían cerca, esperando la oportunidad de recibirlo.

Aburrida de mirarlos, Nathaly desvió la mirada hacia un grupo de chicas que iban a su misma clase. Estaban en corrillo, cuchicheando con escandalosa emoción mientras dos de ellas buscaban algo en sus teléfonos móviles. Todavía recordaba bien los intentos que hizo por charlar con ellas, al igual que con todas las demás.

Suspirando sin remedio, Nathaly se preguntó una vez más por qué la rehuirían o por qué se burlarían de ella a la menor oportunidad. ¡No les había hecho nada malo a ninguna de ellas! Y sí, era consciente de que su forma de ser no era la habitual en una chica de doce años, pero ¿qué mal había en ser como era? En ser... diferente. «Rara», le corrigió su mente de inmediato.

Nathaly sonrió de manera involuntaria al recordar lo que su tía le dijo el primer día que empezó a formar nuevos recuerdos. «Si los demás nos ven como cosas raras andantes es porque no tienen ni respeto ni empatía por nadie que no sean ellos mismos. Recuerda siempre que, cuando alguien piensa que somos raras, ese alguien no se queda atrás. Cada uno es como es y, mientras se respete a los demás, nadie tiene por qué meter las narices donde nadie le ha invitado». Cómo añoraba esos primeros días que pasó con ella. Le enseñó cómo comer, vestirse o interactuar con alguien con un cariño y paciencia que jamás volvió a demostrar. Si todo lo aprendió con rapidez fue gracias a ella, aunque todavía seguía habiendo muchas cosas que desconocía, como el saber si los humanos eran capaces de curarse a sí mismos.

Cuando Nathaly se curó a sí misma por primera vez, actuó de manera natural. Estaba sola, en una esquina del patio, donde alguien había dejado un tiesto con unas rosas rojas muy bonitas. Su aroma, agradable y tentador, la arrastró hasta ellas y, al ir a tomar una por el tallo, se pinchó. En cuanto vio que la yema del dedo índice le empezaba a sangrar, pasó el dedo corazón por encima de la herida sin llegar a rozarla y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, esta ya se estaba regenerando con rapidez ante sus ojos. ¿Quizás eran pocos los que hacían lo mismo que ella? Nunca se atrevió a preguntárselo a nadie, y mucho menos decírselo a su tía, que siempre echaba mano del botiquín que tenían en casa. Es por eso que su boca jamás logró gesticular palabra alguna en ninguna de las veces que reunió el valor suficiente para plantarse frente a ella y contárselo todo. No quería que pensara que estaba loca, porque no lo estaba, aunque soñara siempre con el mismo chico todas las noches.

Cerrando los ojos con fuerza, Nathaly empezó a sentirse confusa al pensar en su último sueño. Le resultaba extraño que Leo no apareciera, pues siempre estaba en ellos, aunque no estuviera de cuerpo presente. ¿Quizá debería haberlo hablado con su tía? A lo mejor significaba algo. Nathaly negó con la cabeza al instante. Seguro que la debilidad que sentía por los leones tenía la culpa de que hubiera soñado con algo así esa noche.

Desviando su vista un poco más a la derecha, Nathaly vio a la profesora de ciencias, que estaba vigilando a todos los estudiantes desde la entrada al edificio del colegio. Pensando en si ella sería capaz de aclarar alguna de sus dudas, algo en su interior la empujó a levantarse e ir a por respuestas.

—Las notas os las diré mañana en clase, Nathaly —dijo su profesora, sin apartar la mirada del patio y antes de que consiguiera decir una sola palabra.

—No es eso, señorita Julia.

—¿Entonces? —preguntó aburrida—. ¿Qué te ocurre?

—Yo... Quería preguntarle algo sobre las personas. Como usted imparte ciencias naturales...

—¿Sobre las personas? —preguntó con ojos divertidos—. Sé más específica, porque no te entiendo.

—Pues... quería saber si nosotros, es decir, los humanos, podemos curarnos a nosotros mismos. Sin ningún tipo de medicamento.

—¿A qué te refieres?

—A... —Nathaly paró y, arrepentida, terminó diciendo—: Da igual. Es una tontería.

—No, a ver, dime. Explícate un poco mejor.

Nathaly dudó, pero enseguida pensó que no pasaría nada por hablarle de ello. Total, ¿qué perdía por intentarlo? Al fin y al cabo, era una persona adulta y responsable. No obstante, por si acaso...

—Curarse uno mismo en un momento, mediante sus propias manos —resumió Nathaly. Al ver que su rostro no cambiaba, añadió—: Físicamente.

—¿Qué? No, eso no es posible. ¿De dónde has sacado...? ¡Ah, ya sé! —alargó su última frase, no augurando nada bueno—. Lo has visto en ese

programa de magia que echaron anoche, ¿verdad? No, Nathaly —la frenó—, ni se te ocurra imitarlos. Eso solo son trucos. Nadie puede curarse a sí mismo por arte de magia.

Nathaly se extrañó. ¿Magia en un programa de televisión? Era la primera vez que oía que esos espectáculos se retransmitieran por televisión. Además, lo que hacía ella no tenía ningún truco.

—¿Y tampoco podemos llegar a entender lo que dicen o piensan los animales? —quiso saber qué respondería al respecto.

—¿Entenderlos? Bueno, eso sí. Hasta hablamos con ellos. No tienes ni idea de lo bien que nos entienden. Por eso es normal que tomen la misma importancia que el miembro más querido de nuestra verdadera familia. ¡O incluso más, según los amantísimos de los animales! Menudos locos —sentenció de forma detestable—. Ahora, si no tienes más preguntas, márchate a jugar con tus amigas. Estoy muy ocupada.

En cuanto Nathaly se alejó unos pasos de ella, Julia maldijo sin ningún tipo de vergüenza el exagerado amor que algunas personas tenían por sus mascotas. Y cuando dijo lo mucho que odiaba tanta estupidez humana, Nathaly se paró y la miró con atención. No sabía por qué se le había metido en la cabeza que sus palabras tenían algo que ver con su suegra, pero lo que sí era un hecho es que no conseguía librarse de ese pensamiento por muchos argumentos que se diera a sí misma. ¿De dónde sacaba semejante afirmación?

—¡Julia! —canturreó una señora con un pomerania entre sus brazos, al otro lado de la valla.

En cuanto Julia vio a la señora, desvió la mirada en dirección contraria. Por su rostro estaba más que claro lo poco que le agradaba verla allí.

—Deja ya de menear mi pata, Soledad —protestó el pequeño can entre ladridos—. ¿Es que no ves que a esa mujer a la que llamas nuera le caigo fatal? Como vuelva a intentar echarme de mi sofá del mismo modo que la última vez, ladrarle y enseñarle los dientes no será lo único que haga. ¡Lo juro!

Nathaly abrió los ojos con asombro. ¿Esa mujer era la suegra de su profesora? No, tenía que ser una casualidad. Seguro que era una casualidad.

—¡Trágate tus celos porque yo no los quiero! —escuchó decir al perro después de unos cuantos insultos—. ¡Si mi Soledad me consigue más cosas a mí que a su hijo no es de vuestra incumbencia! ¡Aprovechados! ¡Envidiosos! ¡Animales sin corazón! ¡Que solo venís para pedir eso que

¡Llamáis dinero! ¡Mostrad un poco de gratitud, al menos!

Cuando vio que la mirada del perro se posó sobre ella, Nathaly le dio la espalda de inmediato y se alejó cuanto antes de allí. Lo que menos quería es que otro animal más apareciera frente a la puerta de su casa, pues su tía no dudaba ni un segundo en agarrar la escoba y darle un susto de muerte. Nunca fue capaz de contarle que, si aparecían allí, no era por culpa del irresponsable de su dueño.

Después de unos largos minutos intentando olvidarse de lo sucedido, Nathaly se percató de la presencia del profesor de gimnasia, que estaba dividiendo la parte izquierda del campo de baloncesto con una cinta. Antes de que se planteara por qué estaba haciendo eso si la siguiente clase la tenían con él, el timbre anunció el final del recreo, y el profesor, al igual que todos, se dirigió hacia la entrada. Tal y como supuso, los alumnos que iban a su misma clase estaban siendo retenidos por él.

—Buenos días a todos. Debido a un cambio de última hora, hoy daremos la clase aquí. Cambiaremos el salto de altura por el balón prisionero, así que vamos a calentar un poco primero. ¡Vamos! —Los animó con un par de palmadas al ver que no se movían.

Mientras todos se dispersaban en el patio con lentitud, Sara, que se encontraba a media hora de camino, ya había terminado el encargo que le habían hecho. Para variar, diez minutos antes de lo habitual. Queriendo comprobar cuál era la última parada que debía hacer hoy, sacó una pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta, la abrió por la mitad y pasó algunas páginas hacia delante.

—Calle Artemisa... —dijo para sí misma con voz pensativa—. Esa calle queda muy cerca del colegio de Nathaly. Perfecto. —Sonrió y cerró la libreta de golpe.

—Cómo me encantaría perderme en esas piernas, preciosa —dijo un hombre al otro lado de la calle.

El hombre que estaba al lado del que acababa de hablar silbó con verdadero atrevimiento, y el resto lo acompañaron con sonidos obscenos. Sara no se privó de lanzarles a todos una mirada asesina mientras se guardaba la libreta en el bolsillo.

—¡No te quedes mucho al sol, que los bombones como tú se derriten con facilidad! —saltó otro.

El que estaba al lado le susurró algo a los demás y, al momento, todos estallaron a reír.

—Malditos humanos —sentenció Sara con cara de asco—. Qué mentes más sucias.

Subiendo al coche, Sara se saltó algún que otro semáforo en rojo mientras maldecía para sus adentros a toda la raza humana. Los odiaba. Odiaba sus estúpidas normas y sus estúpidas reglas, y odiaba a todos y a cada uno de los hombres que había sobre la faz de la Tierra. Por fuera parecían mejor que las mujeres, pero por dentro eran unos verdaderos enfermos. La mente de una mujer, a su lado, no era capaz de eclipsarles en eso.

Entrando por la calle que daba a la entrada principal del colegio de Nathaly, Sara ya había decidido que aparcaría en una calle cercana, porque así iría andando hasta su último encargo. Así, cuando terminara, volvería al coche a tiempo para recoger a su sobrina. «Quizá, hasta con suerte, no me lleve mucho tiempo y me pueda dar el capricho de...». Al instante, nada más notar la presencia de su sobrina entre muchas otras más, sus pensamientos se pararon en seco y, de golpe, frenó el coche.

—No puede ser —dijo atónita, como respuesta a la sensación que acababa de percibir.

Viendo que se había parado justo enfrente de la entrada al colegio, Sara buscó a su sobrina a través de los huecos de las rejas verticales de la puerta. Logrando localizarla entre los demás niños de su clase, se frustró. No era capaz de verla bien desde ahí.

Dándole igual haberse parado en medio de la calle, que era de un único sentido, Sara bajó la ventanilla, abrió la puerta del coche, rasgó su falda por un lateral y, utilizando el hueco de la ventanilla como escalón, se subió al techo.

—¡Señora!, ¿qué hace? —se exaltó un hombre que pasaba por allí. Nada más ver su rostro, se quedó prendado de ella.

Sin prestarle la más mínima atención, Sara no tardó nada en localizar a Nathaly, que parecía estar jugando al balón prisionero o a algún juego parecido. En cuanto vio cómo lanzó el balón de gomaespuma con decisión, dándole un buen golpe en el estómago al chico que estaba al otro lado de la línea, maldijo para sus adentros.

—Señorita. ¡Señorita!

Sin pizca alguna de interés, Sara miró a sus espaldas, encontrándose a un hombre joven, de sentimientos fuertes y de buen ver que estaba dispuesto a ayudarla a bajar. Qué pena que el dinero lo hubiera corrompido hasta el punto de ser capaz de falsificar las cuentas de la empresa para la que trabajaba. Por supuesto, fue decisión suya el llegar a

recurrir a las más bajas mentiras para que su mujer, que estaba a punto de dar a luz, no supiera que, para conseguir esa vida de lujo que ahora tenían, se había liado con la hija del dueño, una mujer que parecía un terroncito de azúcar y que, en un visto y no visto, se convirtió en el peor de sus demonios. Por culpa de esa arpía ahora se encontraba en un serio aprieto, ya que aquella noche en la que se lió en un club de alterne de mala muerte con una menor de edad (sin saber que lo era), le siguió y le grabó en un momento más que comprometedor. Qué injusticia más grande.

Conteniéndose a tiempo, Sara evitó que su rostro mostrara su malestar al respecto. ¿Injusto? ¿De verdad le parecía injusto que esa mujer se estuviera vengando de él después de haberse liado con la secretaria de su padre, cuando a ella le había jurado una y mil veces que era la única mujer en su vida? Bastante suerte tenía de que ella no supiera que él ya estaba casado, o la chica, además de mostrarle el vídeo a su esposa, le entregaría a su padre las cuentas que él falsificó, pues fue ella misma quien se encargó de ocultar las verdaderas. Y por mucho que él pensara que ella también tenía las de perder si las sacaba a la luz, Sara estaba segura de que la chica ya tenía una coartada preparada: echarle todas las culpas a él, tachándolo de manipulador y mentiroso. Si no, ¿por qué le estaría haciendo sufrir con amenazas sobre las cuentas de la empresa cuando la grabación que tenía en su poder era más que suficiente para hundirle por completo? Qué poco conocía a las mujeres.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó el hombre, con las manos en dirección a su cintura.

—Apártese.

—Deje que la ayude. —La agarró de la cintura en cuanto Sara puso un pie en la puerta del coche.

Tirando de ella, Sara acabó chocando contra el cuerpo del hombre, que la sujetó con fuerza para evitar que se cayera. Sus rostros quedaron tan cerca que el hombre terminó ruborizándose.

—Es usted muy hermosa —dijo el hombre en su defensa, ante la enfadada e intensa mirada de Sara.

—¡Quíteme las manos de encima! —Le empujó—. ¿Quién le ha pedido su ayuda?

—Señorita, yo solo...

—¿Acaso no era una señora antes de que sus ojos se fijaran en mí?

¡Fuera de mi vista!

—¿Queréis ir a un hotel? —gritó enfadado el hombre del coche que estaba detrás del todoterreno de Sara—. ¡Estáis obstaculizando el paso!

—¡Métete en tus asuntos, viejo amargado!

—¿Qué me has llamado, vieja loca?

—Oiga, un respeto —exigió el joven, dirigiéndose hacia él.

Sara desvió la mirada con molestia y se subió al coche, dejando a ambos hombres discutiendo acaloradamente.

—Qué desperdicio de sentimientos —sentenció Sara en cuanto cerró la puerta de su coche con brusquedad—. Si se hubiera mantenido fiel a sí mismo y le hubiera aclarado a esa mujer que estaba felizmente casado, no estaría metido en semejante lío. —Metió primera y pisó el acelerador—. ¡Pero no!, es mejor dejar que las hormonas bailen a su antojo y, ya de paso, liarse con la secretaria de su jefe, que está muy buena. ¿Cómo ser capaz de rechazar a una preciosidad como esa? Un hombre no es de piedra —exageró con molestia—. Y luego se preguntan por qué las mujeres son desconfiadas y paranoicas. Hasta yo lo sería si fuera una de ellas.

Media hora después, cuando el profesor de gimnasia dio por terminada la clase, todos entraron para la siguiente: Geografía e Historia. Menos mal que hoy tocaba temario de Geografía, porque Nathaly no soportaba estudiar sobre guerras, guerras y más guerras. ¿Por qué la gente resolvía todos sus problemas con violencia? Ni que fueran animales sin cerebro.

Tras una hora de explicaciones y apuntes, las clases de la mañana por fin terminaron. Apresurándose a salir, Nathaly divisó el todoterreno de su tía detrás de toda la gente que había agolpada a la entrada, por lo que se dio prisa en llegar hasta ella. Cuanto más se demorara, más riesgo había de que su tía perdiera los nervios y se pusiera a discutir con la primera persona que le dirigiese la palabra. Y no, no era una exagerada al pensar así de ella, porque tenía más que comprobado que su tía siempre evitaba las multitudes. Por eso nunca se bajaba del coche cuando venía a recogerla. Lo que no entendía era por qué hoy, en lugar de esperarla subida en la acera de enfrente, estaba parada en medio de la calle. ¡Estaba liando un gran atasco!

—¡Nathaly! —exclamó una voz masculina a sus espaldas.

Parando sus pasos de inmediato, Nathaly se giró. Sus ojos no tardaron en dar con Ernesto, el chico contra el que jugó en clase de gimnasia, que

estaba agitando la mano sobre su cabeza para llamar su atención.

—¡No te olvides de lo que te he dicho! —Levantó el pulgar y sonrió.

Nathaly le mostró su gratitud con una sonrisa apresurada y se marchó corriendo, pues entretenerse no era una opción. Mientras los cláxones no paraban de sonar, se las ingenió para cruzar la marea de gente lo mejor que pudo, llegando a subirse al coche más deprisa de lo que esperó.

—¿Quién era ese chico? —preguntó Sara, mientras Nathaly se ponía el cinturón—. ¿Tu nuevo novio?

—¿Desde cuándo he tenido un novio?

—Pensaba que Leo lo fue —comentó, mientras los coches de atrás pitaban como locos—. ¿Por qué lo has cambiado por él? Espera, no me lo digas. Te ha dicho cuatro palabras bonitas y has caído en sus brazos como una tonta.

—Yo no he caído en los brazos de nadie —le sentó mal que dijera eso.

—Todas cometemos ese error —sentenció, antes de meter primera.

Mientras el hombre del coche de atrás asomaba la cabeza por la ventanilla para amenazarla e insultarla con el puño alzado, Sara salió de allí derrapando. A Nathaly no le cuadró el comportamiento de su tía. Algo sucedía, lo presentía, pero prefirió callar y mirar hacia delante. Poco después de doblar la esquina y entrar a la calle principal, los golpecitos que el dedo índice de su tía estaba dando en el volante la empujaron a preguntar:

—¿Ocurre algo?

El rostro de Sara mostró el enfado que ya no era capaz de ocultar más. Frenando, se subió a la acera, puso las luces de emergencia y la miró.

—¿Cuándo pensabas contarme que ya recuperaste la memoria?

—¿Qué?

—Te he visto cuando le has tirado el balón a ese chico. Mira, si no quieres confiar en mí, lo entiendo, pero... —paró de hablar al ver la confusión en su rostro—. ¿Por qué me miras de ese modo?

—¿Por qué crees que he recuperado la memoria?

—¿Aún sigues sin acordarte de nada?

Nathaly tardó un par de segundos en afirmar con la cabeza.

—¿No recuerdas absolutamente nada? —preguntó con unas cuantas notas de más en su voz.

Nathaly negó con la cabeza.

—Mierda. No, no, ino! —Sara se echó la mano a la frente y se dejó caer en el reposacabezas.

Nathaly se angustió. Su tía rara vez decía palabras malsonantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué creías que había recuperado la memoria?

—Está bien. Miremos el lado bueno —dijo Sara, intentando autoconvencerse—. Al menos no has abierto tu baúl. Si aún no puedes abrirlo... ¿Por qué me miras así?

—¿Mirarte cómo?

—No me digas que lo abriste. No lo has hecho, ¿verdad? —La cogió de los hombros con firmeza.

Nathaly separó ligeramente los labios y los cerró un segundo después. Al ver el rostro que puso su tía, se apresuró a decir:

—No es como piensas. Fue un accidente.

—¡Te dije que no lo tocaras mientras no recordaras tu pasado! —exclamó enfadada.

—¡Te juro que no lo hice a propósito! —le aseguró, temerosa—. Una prenda se enganchó en él y lo abrí sin querer cuando perdí el equilibrio.

—¿Has mirado lo que hay dentro? —se apresuró a preguntar, más nerviosa que molesta.

—Sí —admitió arrepentida—. Lo siento. Pensaba que...

—Que de esa manera recordarías algo.

—Bueno, en realidad, quería saber algo sobre mi pasado. Después de tanto tiempo, no tengo muchas esperanzas de recordar algo.

—¿Tu libro del alma aún sigue allí?

—¿Mi...? Ah, el libro que tiene mi nombre. Sí. Lo dejé en el baúl, junto con todo lo demás.

—¿Qué?! —saltó enloquecida.

Su tía metió primera y pisó el acelerador como nunca antes lo había hecho, incorporándose a la carretera sin mirar. El conductor que venía justo detrás, que se vio obligado a frenar, no se contuvo en pitarle y llamarla loca, pero Sara se limitó a bajar la ventanilla y disculparse con la mano. Estaba claro que algo gordo pasaba. Su tía jamás se disculpaba con nadie.

—Tía Sara, cálmate. Vamos a tener un accidente.

—Suelta todo lo que hay en la mochila. Tíralo atrás.

—¿Para qu...?

—¡VACÍA LA MOCHILA! —chilló de golpe, fuera de sí.

Nathaly se apresuró a abrir la cremallera y vaciar su contenido en el asiento trasero.

—Haremos lo siguiente —dijo Sara—. En cuanto lleguemos, subirás directa a tu habitación y meterás en la mochila todo lo que hay en tu baúl. Mientras, yo iré a la mía. Necesito coger una cosa.

—Pero...

—¡Nada de peros! —la interrumpió, justo cuando se subía a la rampa que llevaba al garaje de casa. Quitándose el cinturón antes de frenar en seco, se apresuró a hacer lo mismo con el de Nathaly—. Haz lo que te digo. Vamos.

Sin parar de caminar, Sara echó un rápido vistazo a los alrededores antes de rebuscar en su bolso las llaves de casa. Una vez que localizó la llave que necesitaba, abrió la puerta, entró, tiró de su sobrina y echó todos los cerrojos.

Siguiendo a su tía escaleras arriba, Nathaly se paró en medio del pasillo y, antes de dirigirse a su habitación, miró hacia la derecha. Al ver que su tía estaba revolviendo los cajones de su tocador con una prisa que jamás había visto en ella, se quedó perpleja.

—¡Deja ya de mirarme y ve a por tus cosas! —estalló Sara.

El cuerpo de Nathaly pegó un pequeño bote del susto antes de que saliera corriendo a su habitación, donde abrió de par en par el armario y levantó la tapa del baúl sin el más mínimo cuidado. Lo primero que cogió fue su álbum, para guardar la carta entre sus páginas; después agarró el libro del alma, que hoy parecía menos pesado. En cuanto a la capa... Dándole igual cómo acabara de arrugada, Nathaly la fue introduciendo como pudo. Cuando ya le faltaba muy poco para terminar, unos fuertes golpes en la puerta principal provocaron que su cuerpo se agitara del susto.

Metiendo de manera apresurada lo que le quedaba, cerró la mochila, se la cargó a la espalda y salió al pasillo sin hacer ruido. Su tía también se había asomado, y en la mano derecha llevaba una especie de... ¿varita? ¡¿Una varita?! A Nathaly le chocó tanto verla con eso en la mano que se quedó mirándola estupefacta. ¿Por qué tenía algo así en su poder cuando ella odiaba la magia?

—¡Abre la puerta, maldita bruja! —exigió un hombre de voz tenebrosa.

Nathaly se quedó estupefacta al oír eso. ¿Acaso era un loco perturbado, de esos que su tía le mencionó tantas veces?

—Vamos —susurró Sara, invitándola a que cogiera su mano.

Nathaly dejó sus dudas a un lado y, tomando la mano de su tía, bajó las escaleras con ella. Cuando les faltaba poco para llegar hasta abajo, el hombre volvió a golpear la puerta con fuerza.

—¡Abre ahora mismo o te arrepentirás! ¡Te quemaré el aura y te abriré en dos!

Sara apretó la mano de su sobrina, lo que hizo que Nathaly la mirara. Ese hombre no era un loco cualquiera. Su tía lo conocía, pero... ¿de qué lo conocía?

—Tía... —Sara le tapó la boca al instante, con sus ojos vibrando de terror. A continuación, se llevó el dedo índice a los labios para que mantuviera silencio.

Nathaly afirmó con la cabeza y su tía la arrastró escaleras abajo, llevándola en dirección a la puerta que había al fondo del pasillo, la cual daba al jardín trasero de su casa. A mitad de camino, se paró en seco y giró la cabeza de sopetón, y, antes de que Nathaly se diera cuenta de lo que pasaba, su tía ya la había envuelto entre sus brazos y la había aprisionado contra la pared. Justo en ese instante, la puerta principal

explotó.

Un hombre de vestimenta negra y de pintas más que cuestionables atravesó la nube de polvo que se había formado en la entrada. Parecía un motero o un roquero, o una mezcla de ambos, y si su espalda no se encargaba de dejar claro lo fuerte que era, ya lo hacían sus brazos. Su pelo, grasiento y negro como el carbón, estaba muy desordenado, y un tatuaje de una bestia mitad lobo y mitad dragón le subía por el lateral derecho del cuello. Estaba tan bien hecho que daba la sensación de que en cualquier momento le mordería el lóbulo izquierdo.

—¿Adónde crees que vas, Sara? —dijo con voz amenazante—. El jefe quiere...

La varita de Sara apareció frente a los ojos de Nathaly de sopetón, apuntando hacia aquel hombre como si se tratara de la mejor de sus armas de fuego. Y no, su advertencia no se quedó en una simple amenaza con un simple palito de madera, iporque de repente ese palito lanzó un rayo de luz blanco y azulado de la nada que se llevó por delante al hombre, a la puerta y a parte de la pared de la entrada! ¿Acaso ese objeto era alta tecnología, y su tía, una espía encubierta?

—¿Tía Sara? —La miró atónita, clamando en silencio una respuesta lógica.

Con la respiración agitada, Sara tomó su mano y corrió hacia la puerta de atrás sin dejar de empuñar la varita. A los pocos pasos y sin mediar palabra, se paró en seco, tiró de ella hacia abajo y la protegió entre sus brazos. Justo en ese momento, una energía espeluznante pasó por encima de sus cabezas y arrasó con el final del pasillo.

—Vamos —susurró Sara, mientras echaba un rápido vistazo hacia la entrada principal.

Tomando la mano de su tía, las dos salieron de la casa con cuidado. No viendo a nadie alrededor, echaron a correr hacia la izquierda, doblaron la esquina y siguieron recto. Antes de que llegaran a la parte delantera de la casa, un fuerte estallido reventó todas las ventanas de la planta baja.

Con cautela, Sara se asomó y Nathaly la imitó. Como no había nadie cerca, Sara ni se lo pensó: tomó la mano de su sobrina y echó a correr en dirección a su todoterreno. Justo cuando pasaban por delante de la entrada, otro hombre más delgado e igual de siniestro que el primero salió de la casa.

Nada más verle, las dos dieron un bote del susto junto con un agudo chillido, provocando que el hombre se llevara las manos a los oídos mientras se esforzaba en soportar el agudo dolor que lo hacía prisionero.

Nathaly, confusa, lo miró con lástima, pero, antes de que su cuerpo se dirigiera hacia él, su tía le agarró del brazo y tiró de ella con brusquedad.

—¡Vamos!

—Pero...

—¡Sube al coche! —le ordenó con enfado, justo después de desbloquearlo.

—¡Tú, maldita bruja! —gritó el hombre del tatuaje en el cuello, que apareció detrás del delgado.

En cuanto Nathaly cerró la puerta trasera del coche, su tía pisó el acelerador. El coche derrapó marcha atrás y ninguno de los dos hombres logró agarrarse a tiempo a la parte delantera.

Saliendo a la carretera, Sara frenó, cambió a primera y pisó de nuevo el acelerador. Nathaly, que no le quitaba el ojo de encima al hombre del tatuaje, vio cómo este paró de correr nada más plantarse en medio de la carretera. Su turbia mirada era espeluznante.

—Nathaly, al frente —ordenó Sara.

Nathaly echó un último vistazo al hombre tatuado antes de hacer lo que le pedía su tía. En cuanto vio cómo se convirtió en un oscuro y espeso humo que, con rapidez, descendió al suelo, se esparció hacia los lados y desapareció sin dejar rastro, un terrorífico escalofrío ascendió por todo su cuerpo.

Sin fijarse en dónde pisaba, Nathaly pasó hacia delante completamente asustada. Eso solo lo había vivido en sueños, donde ese humo oscuro era su peor pesadilla. ¡Y se suponía que las pesadillas no se volvían realidad!

—¿Qué es lo que está pasando? —exigió saber Nathaly, nerviosa—. ¿Quiénes son esos dos hombres?

—Ponte el cinturón —ordenó Sara, intentando mantener la calma—. ¿Y dónde está tu mochila? ¡No la dejes atrás! ¡Cógela!

Estirando el brazo, Nathaly agarró su mochila y la puso a sus pies.

—Escúchame —dijo Sara, mientras Nathaly se ponía el cinturón—. No puedes dejar que nadie toque tu libro del alma, ¿entendido? Vayas donde vayas, llévalo siempre contigo. Y cuando digo siempre, es siempre. ¿Qué más había en el baúl?

—Un álbum de fotos, una capa negra y una carta —enumeró, mientras tomaba de nuevo su mochila y se abrazaba a ella.

—Una capa negra... —le resultó gracioso escuchar—. Muy típico de ti. Lo que me costó que dejaras de llevarla puesta a todas partes.

Nathaly hizo una mueca de incomodidad al no saber qué decir. Al menos eso explicaba por qué las chicas de su anterior colegio la consideraban una friki.

—Espera —saltó Sara—. ¿Has dicho una carta?

—Sí.

—¿Qué pone?

—No lo sé. No tiene más que símbolos ilegibles. Iba acompañada de una nota que decía que, si aún no recordaba nada, se la diera a Leo.

—Ya. Genial. El misterioso señor Leo.

—Mira el lado positivo, tía. Al menos estamos a salvo.

De la nada, un humo negro que nació sobre el capó y se multiplicó con rapidez tomó forma y se transformó en el hombre del tatuaje en el cuello, que apareció arrodillado sobre una pierna y apoyado en su puño izquierdo. Levantando la cabeza, las miró con una malévola sonrisa en su rostro, y ambas, del susto, chillaron presas del pánico. El hombre, en lugar de llevarse las manos a la cabeza o retorcerse de dolor, desafió todas las leyes de la física y se puso de pie sin esfuerzo.

Sara frenó con todas sus fuerzas y dio un pequeño volantazo para librarse de él, pero terminó perdiendo el control del coche al tratar de esquivar al conductor que venía de frente. Mientras tanto, el hombre del tatuaje, que había rodado por encima del vehículo, aterrizó en medio de la carretera, con las piernas flexionadas y con los dedos de su mano derecha tocando el negro y áspero asfalto. Deslizándose sobre él, lo destrozó a su paso y, una vez que consiguió detenerse, se incorporó sin esfuerzo ni dolor aparente ante la atónita mirada de los presentes. Fijándose en el todoterreno, que ya había dado unas cuantas vueltas de campana en el aire, vio cómo este aterrizó de lado con brusquedad y dio un par de vueltas más antes de acabar boca abajo.

Dirigiéndose hacia el coche, que acabó más destrozado de lo que debería haber quedado para ir a sesenta kilómetros por hora, se percató de que el número de curiosos aumentaba cada vez más. El que se mantuvieran al margen, preguntándose cómo había sido capaz de ponerse de pie, sin un solo rasguño y después de que hiciera semejante surco en

el asfalto, le hizo sonreír con delicia y arrogancia.

—Disfruta del momento. —Golpeó la tripa de su compañero delgado, sin ralentizar su paso. Sabía que ver a algunos jóvenes tomar sus teléfonos móviles para ponerse a grabar lo había puesto de mal humor.

Nada más llegar, el hombre del tatuaje le puso la mano en el hombro a la única persona que se había atrevido a acercarse al coche para ver si los ocupantes se encontraban bien. En cuanto lo miró, le regaló una sonrisa maquiavélica y, empujándolo hacia atrás con brusquedad, lo tiró al suelo.

Mientras su compañero le echaba un vistazo al interior del vehículo, el hombre del tatuaje hizo crujir sus nudillos sin dejar de mirar con delicia al joven y fortachón treintañero, que no estaba siendo capaz de ponerse de pie por el dolor y el miedo que estaba sintiendo. Paciente, esperó a que de una buena vez se levantara, pero, una vez que lo logró, el chico salió corriendo de inmediato.

—Cobarde —siseó entre dientes, nada contento.

—No están —informó su compañero.

—¿Cómo que no están? —estalló con furia, acercándose a él.

—Han utilizado una brecha de emergencia.

—¡Maldita sea! —Estampó su mano en el todoterreno, haciendo que este se tambaleara—. Me faltó muy poco para trasladar el coche al descampado.

—¿Qué hacen discutiendo? —dijo un hombre cincuentón, histérico—. ¡Ayuden a quienes estén dentro!

—¡Que no hay nadie! —le gritó el hombre del tatuaje.

—¿Cómo no va a haber nadie? ¡Dejen de decir disparates! —estalló, yendo directo hacia ellos.

El hombre del tatuaje, ni corto ni perezoso, le dio un fuerte empujón al cincuentón, alejándolo un par de metros de él.

—No tientes a tu suerte, viejo, porque hoy no estará de tu lado. —Le señaló con el dedo.

—¿A quién estás llamando viejo? —reclamó el cincuentón con enfado, mientras se frotaba el pecho con la mano para calmar su dolor.

—Eh —le advirtió el hombre delgado a su compañero en voz baja, mientras lo frenaba con la mano—. Aquí no. Demasiados huesos andantes.

El hombre del tatuaje, que tenía clavada la mirada en el cincuentón, se rindió de muy mala gana.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó a su compañero por lo bajo—. No podemos llegar con las manos vacías.

—¡Te he dicho que a quién estás llam...!

Antes de que el hombre cincuentón pudiera terminar la frase, el hombre del tatuaje lo tumbó de un puñetazo en la cara. Al instante, unos pocos corrieron a socorrerlo.

—¿Dónde estarán? —se preguntó el hombre del tatuaje con calma, ignorando la avalancha de quejas e insultos que muchos le estaban lanzando.

—En la sede de magia blanca —contestó su compañero.

—Genial —le pareció el colmo—. Ahí no podemos entrar.

—Vámonos de aquí antes de que vengan los cenizos de seguridad mágica. —Le cogió del brazo y lo obligó a caminar con él.

—¡Maldita bruja! El día que la encuentre te juro que se arrepentirá de haber jugado con nosotros.

—¿Quieres dejar ya de dar la nota? —Frenó, más que harto.

—¿Y qué más da? Cuando vengan esos estirados, ninguno de los presentes recordará nada. Tú tienes la culpa de que no le haya dado una paliza a ese vejstorio. —Entrecerró los ojos y le amenazó con el dedo.

—¿Cómo puedes pensar ahora en divertirte? —le gritó por lo bajo, después de agarrarle de la camisa y acercarlo de un tirón—. ¡Vamos a volver con las manos vacías! ¿Cómo vamos a explicarle al jefe que esa bruja se nos ha escapado con su trofeo?

—¿Estás seguro de que usaron una brecha de emergencia?

—Por si no te lo he dicho ya suficientes veces, soy un rastreador, ¡así que no vuelvas a cuestionar mi trabajo, orangután sin cerebro!

Y es que el hombre delgado tenía razón. Justo cuando el coche volaba por los aires, Sara agarró a Nathaly, puso la pequeña varita de su pelo

entre ambas con la punta mirando hacia arriba y, convocando un rápido hechizo que las capturó en un flash, aparecieron en una amplia sala donde el suelo estaba recubierto por colchonetas de gimnasia. Nathaly, que fue la primera en incorporarse, se empezaba a plantear con seriedad si estaba muerta, pues lo único que sentía era un fuerte dolor de cabeza.

—¡Tía Sara! —Gateó hacia ella al ver cómo se retorció—. ¿Estás bien?

—Sí, ino me toques! Déjame respirar —le pidió. Tumbándose como pudo boca arriba, cerró los ojos, tosió y, después de tomarse un par de segundos para coger fuerzas, le dijo a su sobrina—: Busca tu mochila.

Nathaly no tardó nada en encontrarla. Como no estaba lejos, se acercó a ella gateando y, en cuanto la tuvo entre sus manos, deslizó la cremallera. Sacó por completo la capa, revisó el libro grande, que no se había dañado, y después el álbum de fotos. A este último poco le faltaba para partirse por la mitad.

—Tranquila. Solo es un álbum. Eso se puede arreglar.

Afirmando con la cabeza, Nathaly lo guardó todo en su mochila y le echó un vistazo al lugar, que parecía ser una sala de entrenamiento de kárate del tamaño de una cancha de baloncesto profesional. Estaba rodeada por tres filas de asientos en escalón, excepto en una de las dos paredes más largas, donde había una puerta en el centro y un par de ventanas muy largas. A través de ellas había gente moviéndose, y tras esa gente había mesas de oficina bien agrupadas.

—Tía Sara... —arrastró sus palabras con temor, pues cada vez más gente se paraba a mirarla con desconcierto y preocupación.

Antes de que Nathaly pudiera preguntarle dónde estaban, una mujer abrió la puerta de sopetón, quedándose paralizada en la entrada nada más ver a...

—¿Sara? —preguntó con asombro.

Su tía bufó y se negó a mirarla por más tiempo. La mujer tuvo la predisposición de ir hacia ellas, pero un hombre la frenó. Diciéndole algo que Nathaly no logró escuchar, la mujer salió con prisas de la sala, mientras que él corrió hacia ellas. Cuando a los pocos pasos desapareció entre un haz de luz para reaparecer cerca de ellas del mismo modo, Nathaly se frotó los ojos de inmediato. ¿Acababa de ver lo que acababa de ver o eran imaginaciones suyas?

—Sara —dijo el hombre, abofeteándola con suavidad—. Sara,

respóndeme.

—¡Maldita sea, Roberto, para ya! —protestó Sara, contraatacando con las escasas fuerzas que tenía—. ¡Estoy bien!

Nada más decir eso, Sara se retorció de dolor.

—Ahora mismo viene un curandero —dijo Roberto—. No hagas esfuerzos.

—Rober.

—¿Sí?

—Te odio —recalcó con rencor.

Roberto sonrió con emoción, faltándole muy poco para echarse a llorar. Nathaly, por supuesto, no lo entendió.

—¿Se conocen? —se atrevió a preguntar.

La sonrisa de Roberto se apagó al instante.

—¿Es que no me reconoces, Nathaly? Soy yo, Roberto.

—No te molestes —intervino Sara, antes de que Nathaly respondiera—. No se acordará.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ya estoy aquí —anunció un hombre con bata blanca desde la entrada.

Dándose prisa en llegar hasta ellos, el hombre se arrodilló al lado de Sara. Sacó unas gafas del bolsillo de su bata, se las puso y, después de revisarle la cara y los ojos, relajó su tensión y se quitó las gafas.

—Está bien. Solo necesita un poco de reposo.

—¿Está seguro, doctor? —preguntó Nathaly, pues su tía lucía muy aturdida.

El hombre la miró desconcertado. ¿Por qué lo llamaba doctor?

—¿Puedes revisar a Nathaly, por favor? —le pidió Roberto—. No me recuerda. Y que te llame doctor me está dando mala espina.

Soltando un pequeño suspiro de rendición, el hombre se puso las gafas con calma y la miró a los ojos. Quedándose estupefacto al segundo, su mirada fue descendiendo con suavidad y una pizca de ansia hasta llegar a la altura de las clavículas, donde se paró y abrió los ojos con horror.

—No puede ser.

—¿Qué ocurre?

Quitándose las gafas de golpe, miró a Roberto y le dijo:

—Está superando el nivel máximo de magia. Ni siquiera soy capaz de saber cuánto ha acumulado.

—¿Qué? —se alarmó Roberto.

—¿Qué? —le pareció absurdo a Nathaly.

Roberto, que se levantó de sopetón, danzó de un lado a otro con nerviosismo.

—No puede ser. No puede ser. ¡No puede ser! —Se alborotó el pelo con las manos.

Ernesto no lo soportó más. Se levantó, se acercó a él y lo agarró de los brazos.

—Roberto, no podemos perder más tiempo. Hay que extraérsela. Lo sabes.

—No estoy autorizado para hacer eso, Ernesto.

Las facciones de Ernesto se endurecieron al instante.

—Roberto, si no le retiramos parte de su magia ahora mismo, el proceso de descomposición empezará en cualquier momento. Y ya sabes lo que eso significa.

—Ya lo sé. ¡Maldita sea!

Frustrado, Roberto se agachó junto a Sara y la cogió en brazos. Nathaly, que se levantó al mismo tiempo que ellos, quiso seguirlos, pero su cuerpo, sin saber cómo ni por qué, se negó a moverse de allí. ¿Qué la estaba pasando? ¡Era como si pesara una barbaridad!

—¡No! —chilló Sara, que despertó por fin de su aturdimiento—. ¡Bájame ahora mismo! ¡Roberto! —exclamó con enfado, al mismo tiempo

que Ernesto.

—Llévate a Nathaly y averigua cuál es su nivel actual y cuánto tiempo tenemos —ordenó a Ernesto, sin parar sus pasos—. Infórmame de...

—¡Nathaly! —chilló Sara asustada, al ver cómo se desmayaba. Ernesto y Roberto se giraron de inmediato.

—¡Te lo dije, Roberto! —exclamó Ernesto, antes de ir a por Nathaly—. ¡Si no vaciamos ahora mismo parte de su magia, morirá!

—Roberto... —le suplico Sara con angustia, mientras intentaba retener las lágrimas.

—Está bien, tranquilizaos —les pidió Roberto. Mientras Ernesto levantaba a Nathaly en brazos con mucho esfuerzo, pensó rápido en una solución—. Ernesto, llévala a la sala dos y realiza un traspaso de su magia a...

—¿Te has vuelto loco?! —Abrió los ojos con horror.

—¡Tú solo hazlo! —saltó nervioso—. Me hago responsable.

—Roberto, la magia de Nathaly es la más pura que haya visto jamás —le dijo, mientras se dirigía hacia él—. ¡Su alma deslumbra hasta el punto de ser cegadora!

—Confía en mí. Funcionará. El que porte partículas de su don la ayudará.

—No, Roberto, tú no lo entiendes. Su magia es demasiado espesa. ¡Matará a Mirley!

—¿Mirley? —saltó Sara estupefacta—. Rober, ¿no se estará refiriendo a...?

—Ahora te lo explico —la interrumpió con tacto—. Ernesto, haz lo que te digo. No la matará.

—¡Sí que lo hará! Roberto, por favor, confía en lo que te digo ¡y no me hagas hacer una locura!

—No la matará —dijo Sara con dificultad.

Ernesto, que estaba a punto de protestar, se quedó impactado al ver el rostro de Sara.

—No le ocurrirá nada a ninguna de las dos —añadió Sara con seguridad, intentando no echarse a llorar—. Confía en mí.

—Pero...

—Por favor —agarró su brazo—, sálvala. Te lo ruego. Ni ella ni Nathaly pueden morir. No sin antes saber que... —se le atascaron las palabras en la garganta por los nervios. Cuando cerró los ojos para intentar calmarse, un par de lágrimas recorrieron sus mejillas.

—Está bien. Tranquilízate. Si eso es lo que quieres, lo haré. Pero solo porque tú eres la única que puede decidir por ellas. Y solo espero que no te equivoques. Que ninguno de los dos os equivoquéis.

Dándose prisa, ambos giraron a la derecha nada más salir de la sala. Mientras Esteban seguía recto por el pasillo, Roberto se metió en una de las salas de la izquierda. Soltando a Sara con cuidado en uno de los sofás, se arrodilló ante ella y la tomó de las manos.

—Sara, te juro que te he buscado por todas partes.

—Lo sé. Lo he leído en tus pensamientos. Sé que, si no me lo has dicho, es porque aún no has tenido la oportunidad de hacerlo —confesó, agachando la cabeza. Roberto se sentó a su lado—. También sé lo mucho que te has preocupado por mí y... de verdad que lo siento. Lo siento mucho, Rober —sollozó, agachando la cabeza y llevándose una mano al rostro—. Perdóname.

—Está bien. Cálmate. —Roberto la envolvió entre sus brazos con ternura—. Lo importante es que estás bien. Que las dos estáis bien. Aquí estáis a salvo.

Capítulo 3

FIN DE LA MUESTRA

¡Hola! Si has llegado hasta aquí y quieres leer más, te informo que el libro está a la venta completo en Amazon, tanto en ebook (si tienes Kindle Unlimited puedes leerlo gratis) como en físico. Solo búscalo por su nombre y lo encontrarás en ambas opciones.



Vive la magia
DESCUBRE EL MISTERIO

Ya a la venta en Amazon

Si quieres estar enterado de todo, además de algunas curiosidades del libro, así como la próxima actualización de la saga, puedes seguirme en Facebook (LauraMontesSimoes) o Instagram o Twitter como lmsescritora,

pero si me sigues en Facebook te aviso que lo más seguro es que no te lleguen las notificaciones. Si tienes Twitter o Instagram, te recomiendo que me sigas por ahí.

Gracias por darle una oportunidad a mi novela y espero que me dejes un comentario y voto para saber si te ha gustado. Y si compras el libro, ya sea en ebook o papel, por favor, cuando lo termines de leer, déjame un comentario en Amazon diciendo qué te ha parecido. ¡Hasta pronto!

Capítulo 4

¡Atención, lector!

Voy a hacer una promoción GRATUITA del ebook de mi libro en este mes, por lo que, si estás interesado en leerlo, ponte en contacto conmigo a través de:

Facebook: <https://www.facebook.com/LauraMontesSimoes>

Instagram: <https://www.instagram.com/lmsescritora/>

Y di que vienes de *megustaescribir*.

Recuerda que, si tienes Kindle Unlimited, puedes leerla gratis ya mismo.

¡Gracias por tu apoyo!